

te; y comprimiendo la respiración para no ser oída, retrocedió..., retrocedió hasta llegar á la puerta por donde había entrado.

Allí hizo alto y respiró, y anunció su presencia tosiendo.

Al oír la tos de la baronesa, Margarita se estremeció, y ocultando apresuradamente la carta que tenía en la mano, se volvió, y las dos amigas se encontraron frente á frente.

Las dos estaban pálidas. Margarita bajó los ojos y la baronesa guiñó los suyos.

CAPÍTULO XXI

GOLPE SEGURO

La disposición de ánimo en que se hallaba Margarita no era la más á propósito para hacer aquella noche los honores de su casa; mas la sociedad impone sacrificios, que es preciso consumir con semblante apacible y con la risa en los labios.

Después de la baronesa fueron llegando otras personas, y poco á poco los salones de la señora de Góngora se vieron invadidos por esa *turba multa* tan movible, tan locuaz, tan frívola y tan amena, que vemos brillar en las altas regiones del gran mundo.

Desde el punto de vista de la *toilette*, Margarita se encontraba siempre dispuesta á recibir á sus amigos, porque había adoptado en el adorno de su persona la más exquisita sencillez; mas por lo que hace al aspecto de su fisonomía, tuvo que hacer algunas correcciones para salir al encuentro de aquella invasión impertinente, que al fin y al cabo iba á hacer las delicias de su casa. Era preciso agradecerle la violencia que venía á causarle; así es que compuso el semblante lo mejor que pudo para cumplir los deberes que le imponía esta recepción inesperada.

No sabía por qué se había dado cita tanta gente en su casa aquella noche, y es que ignoraba los dos acontecimientos del día. En primer lugar, la empresa del Teatro Real había suspendido la función anunciada, por la repentina

indisposición de la tiple, y á muchos les había ocurrido la misma idea; esto es, que se podía matar muy bien la noche en casa de Margarita. En segundo lugar, los rumores que corrían acerca del pleito movieron la curiosidad de algunos de esos que no duermen tranquilos si no se acuestan sabiendo de buena tinta las cosas que no les importan.

Ambos motivos eran suficientes para que Margarita se viera sorprendida con tan animada concurrencia; por allí andaba el brigadier; por allí bullía el marqués; allí, en fin, apareció, á la hora en que pudiera dar más solemnidad á su presencia, el mismo Valle-alegre en persona.

En otra ocasión habría observado Margarita que era objeto de curiosas miradas, mas en la noche en que nos encontramos no concedía grande atención al mundo que la rodeaba.

La baronesa, hablando al oído de unos y de otros, había hecho advertir que la señora de Góngora estaba sumamente pálida, y que la palidez daba mayor realce á la severa corrección de sus facciones, y añadía bajando la voz:

— Es una mujer singular, *¡mon Dieu!*, hasta los disgustos la embellecen.

— ¡Disgustos!.. — exclamaban.

Y ella respondía.

— *Oui.*

La baronesa iba de una parte á otra como una lanzadera, enredando entre la concurrencia el hilo de su observación, haciendo á Margarita blanco de curiosas miradas. En una de estas correrías se encontró con el brigadier, que indolentemente apoyado en el ángulo de una chimenea se dejaba retratar por el espejo, ofreciendo á los circunstantes el doble encanto de su persona y de su imagen. Desde allí descubría á Margarita, sobre la que lanzaba de vez en cuando profundas ojeadas.

No sabía qué medio emplear para llegar al fin de sus

deseos, y fluctuaba entre dos sistemas, sin saber á qué carta quedarse. Sin duda alguna el sistema audaz de calavera afortunado, que todo lo arrolla y lo subyuga, que se impone y domina, era más ejecutivo: venía á ser un golpe de mano, que podía salir bien ó mal. En cambio el sistema de amante tímido, de enamorado sentimental, que se insinúa sin querer insinuarse; que se deja descubrir como víctima resignada de una pasión invencible, era un medio más lento, pero quizá más seguro. Margarita empezaría por compadecerle, y la compasión suele ser peligrosa en las mujeres.

Inclinábase hacia este sistema, sin perjuicio de servirse del otro en la primera ocasión que se presentase. Mas era el caso que toda la arrogante persona del brigadier se encontraba perpleja delante de Margarita; cuanto más se acercaba á ella, más inaccesible se le presentaba; todos sus atractivos personales se estrellaban contra la indiferente naturalidad con que siempre lo recibía. Por lo visto, la señora de Góngora no había caído aún en la cuenta de que el brigadier era un buen mozo, y como faltaba esta base indispensable de operaciones, se hallaba desconcertado en presencia de Margarita, y no se atrevía á ser audaz ni á ser tímido. Tal vez se dejaba ver demasiado cerca, y su mérito de estatua carecía, por lo tanto, del realce de la perspectiva; pero el ensayo de este procedimiento no le dió mejores resultados. Entonces apeló al recurso más ruin de cuantos la seducción ha puesto en manos de los hombres corrompidos; apeló al recurso de las apariencias.

Apoyado teatralmente en el mármol de la chimenea, dirigía miradas alevosas á Margarita; en su actitud estudiada se descubría un disimulo sospechoso. ¡Ah!.. El brigadier era un seductor temible. Margarita era, al fin, mujer... y ¡qué diablo!.., el mundo siempre ha sido lo mismo... ¿Necesita la malicia humana más datos para abandonarse al placer de las sordas murmuraciones?..

César infamaba á Margarita antes de seducirla.

La baronesa pudo observar fácilmente que Margarita era el blanco adonde cautelosamente iban dirigidas las miradas del brigadier, y acercándose á su oído le dijo:

— Amigo mío..., *nouvelles*.

Y sin esperar la pregunta que esta confidencia debía suscitar, se alejó riéndose, con el aturdimiento de una mujer que está loca de alegría. Se alejó y fué á sentarse en un ángulo del salón á descansar, sin duda, sobre sus laureles.

El brigadier la siguió y se sentó junto á ella.

— ¿Qué novedades hay? — le preguntó.

— Si no está usted ciego, habrá advertido la excesiva palidez de Margarita.

— Es verdad; eso mismo observaba hace un momento.

— Yo — añadió ella, haciendo alarde de perspicacia — la observé desde que la vi.

— ¿Y bien? — preguntó César.

— ¡¡¡Oh!!!... — exclamó la baronesa.

— ¡Oh!..

— ¿Y qué quiere decir ¡oh!..

— Quiere decir que Margarita...

La baronesa se interrumpió á sí misma para examinar una falda de color de fuego que pasaba por delante de sus ojos, y el brigadier impaciente le dijo:

— ¿Margarita... qué?..

— Margarita está ya al cabo de la calle.

El brigadier se encogió de hombros, diciendo:

— No entiendo.

— Ha caído en su poder una carta.

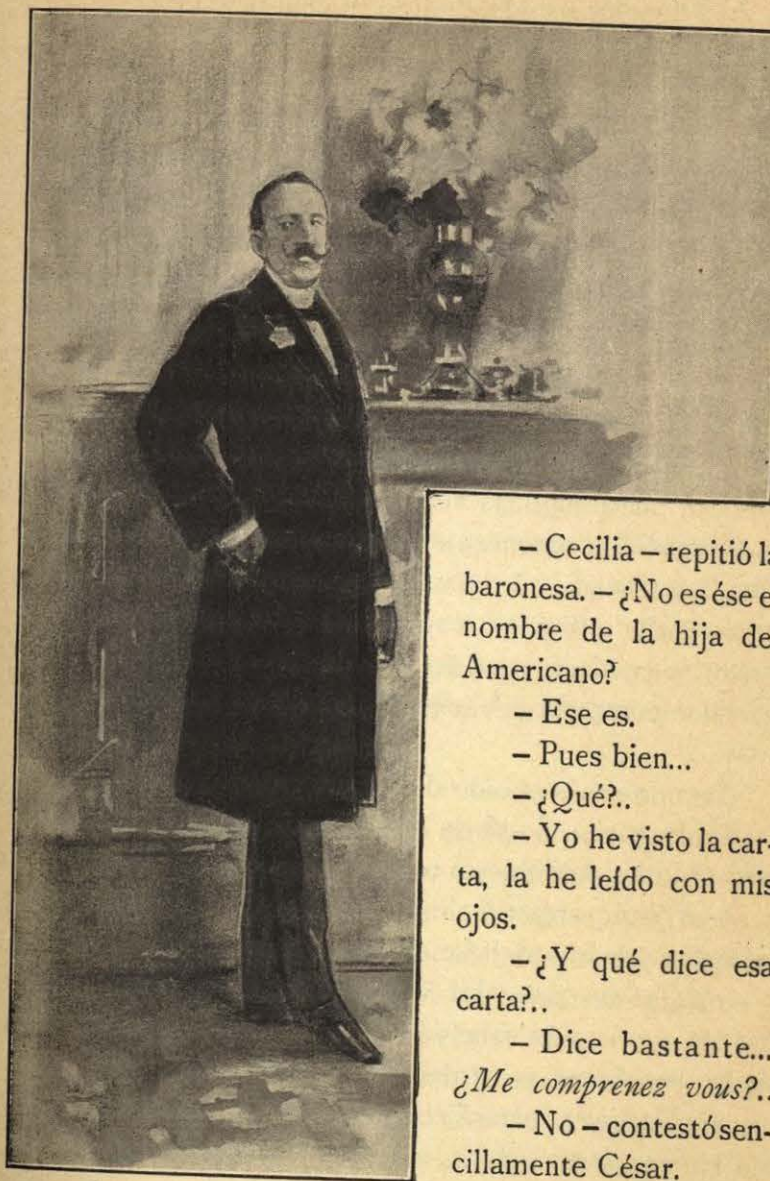
— ¡Una carta!..

— Sí...

— ¿De quién?..

— De Cecilia.

— ¡Cecilia!.. — volvió á exclamar César.



Dirigía miradas alevosas á Margarita

— Cecilia — repitió la baronesa. — ¿No es ése el nombre de la hija del Americano?

— Ese es.

— Pues bien...

— ¿Qué?..

— Yo he visto la carta, la he leído con mis ojos.

— ¿Y qué dice esa carta?..

— Dice bastante...

¿*Me comprenez vous?*..

— No — contestó sencillamente César.

— ¡Oh!.. — exclamó la amiga de Margarita. —

¡Qué torpe!.. Margarita está sumamente pálida, lo cual quiere decir que está sumamente conmovida. Hay una carta por medio. ¿No es esto claro?

El brigadier parecía dudoso, y ella añadió:

— *¿Respondez moi?*

— ¡Claro! — replicó César. — No me parece tan claro.

La baronesa se complacía en mortificar la curiosidad del brigadier, porque de ese modo lo tenía á su lado. Aquella conversación íntima, á media voz, en un rincón de la sala, y, digámoslo en latín, *coram populo*, le era muy agradable. Estaba segura de haber conquistado el corazón del brigadier, y gozaba indeciblemente con el honor de su triunfo. Lo tenía allí sujeto, vencido, esclavizado, y nadie podría dudar de su victoria. Su nombre iría de lengua en lengua; sería el platillo de las conversaciones... ¡Oh vanidad humana, pueril algunas veces, ridícula muchas, loca y ciega siempre! La baronesa experimentaba una viva satisfacción, la satisfacción de infamarse. ¡Cuántas envidias desperstaría aquella intimidad sospechosa! Y he aquí un raro contraste: se envilecía para ser envidiada.

Raro contraste he dicho, pero seamos justos; no es tan raro.

Acercóse más al oído de César, y le dijo:

— Margarita, no sé de qué manera, ha interceptado la carta y lo ha descubierto todo.

— ¡Todo!.. — repitió el brigadier. — ¿Es decir, que entre Góngora y la hija del Americano hay algo?..

— *¿Qui en doute?* La carta está escrita con cautela. Se conoce que la niña sabe dónde le aprieta el zapato... Son cuatro renglones que arden en un candil.

— ¿Margarita estará celosa?..

— *Je ne le crois pas.*

— ¿No?..

— No.

— Entonces...

— Estará ofendida. Al fin es una *decepción*. Margarita es demasiado hermosa; su orgullo...

— ¿Qué hará?..

— ¡Oh!.. *Mon cher ami*... Vengarse.

— ¿Sí?..

— *Oui.*

César se puso de pie y se alejó de la baronesa, dió una vuelta indiferente por el salón, se irguió cuanto pudo, y con lentitud majestuosa se fué acercando al lugar en que se hallaba Margarita. Si este César no iba resuelto á pasar el Rubicón, iba, por lo menos, dispuesto á tentar el vado.

Llegó á la señora de Góngora, y le dijo:

— Señora, vengo á refugiarme cerca de usted, huyendo de una conversación que por todas partes me persigue y que empieza ya á fatigarme.

— De qué se habla — preguntó admirada Margarita.

— Se habla de lo mismo. Parece que la hija del Americano ha obtenido el privilegio exclusivo de todas las conversaciones.

Margarita frunció ligeramente el entrecejo, y sonriéndose después, dijo:

— ¿Sigue á la orden del día?

— Sigue. Esa señorita está abusando de la frivolidad pública. El ruido del pleito puso su nombre en moda, y se han empeñado en hacernos creer que es un prodigio de talento y de belleza; y vea usted, la mayor parte de los que la ponderan, ni la conocen, ni la han visto en su vida.

— Vamos..., y ahora ¿qué se dice?

Por el ademán con que fueron pronunciadas estas palabras, el brigadier dedujo que Margarita quería decirle: «Ea, siéntese usted y hablemos,» y se sentó junto á ella diciendo:

— En realidad no se dice nada nuevo, ni se cuenta nada extraordinario; mas el instinto público ha averiguado, no sé cómo, que esa bella señorita ha de dar mucho que decir.

— ¿Por qué? — preguntó.

— Porque con su ciega credulidad ha llegado á persuadirse de que es un ser extraordinario, de un atractivo irresistible, que va á revolver el mundo, conquistando á todos los maridos que pueblan la tierra.

— ¡Á los maridos!.. — exclamó Margarita intentando sonreirse.

— Pues — añadió César — en el estado de desmoralización en que se halla nuestra sociedad, se tiene por cosa segura que los maridos son más frágiles y más aventureros que el resto de los hombres.

Margarita hizo un ligero movimiento de impaciencia, y dijo:

— Vamos, se conoce que la influencia de esa criatura es atmosférica. Viene usted huyendo de las conversaciones que su nombre suscita, y usted mismo la promueve.

— Es verdad, señora; no puedo negar que me interesa.

— ¿Ella?

— Ella. Me interesa porque la compadezco. Es una niña, y naturalmente irreflexiva. Su madre no ha tenido nunca un gran talento; y la pobreza no es buena consejera. No es fácil que se substraiga á las seducciones que han de rodearla; acabará por perderse, y yo quisiera salvarla.

Margarita alzó los ojos y miró atentamente al brigadier como no lo había mirado nunca. El propósito de salvar á la hija del Americano de los peligros que su propia celebridad le creaba, era un noble propósito; y, además, salvarla á ella era salvar á Luis.

Miró, pues, á César con sorpresa, con admiración y con gratitud.

No le había concedido nunca al brigadier el honor de un gran concepto; le parecía algo fatuo, y le perdonaba sus fatuidades. Mas lo que acababa de oír le descubría que bajo las apariencias de una insignificante petulancia se escondía

un corazón generoso. Sintió tal vez no haber comprendido antes que se ocultaba un grano de oro en aquel puñado de barro, y quiso subsanar esta injusticia abriéndole de par en par las puertas de su estimación y de su afecto.

Así me explico yo la mirada que brilló en los ojos de Margarita.

— La idea — dijo — es hermosa, y hace por si sola el elogio de los buenos sentimientos que usted abriga. Salvar á esa pobre niña de los peligros que la cercan es una bella idea; pero ¿cómo salvarla?..

El brigadier contestó:

— No es fácil; mas por lo mismo siento doble empeño en intentarlo.

Margarita volvió á mirar á César con franca complacencia. No solamente había elevación en el pensamiento, sino energía en el propósito. Vamos, decididamente, el brigadier no era un hombre vulgar.

— Me parece — le dijo — que usted tiene algún proyecto.

— Proyecto no, pero entiendo que el principal enemigo es la celebridad que ha adquirido, y esa celebridad nace de que no se la conoce. Es una estatua casi oculta en la sombra; han asegurado algunos que es la obra maestra de Fidias que nos ha caído por la chimenea, y todos lo hemos creído. Hay, pues, que iluminarla para que se la vea. Conviene que el mundo que la admira la conozca; hay que despojarla del prestigio de la novedad, y...

Margarita movió la cabeza, porque le parecía demasiado vago el razonamiento del brigadier, y, sobre todo, porque empezaba á bullir en su imaginación un pensamiento más directo, más ejecutivo.

César se detuvo, y Margarita añadió:

— Yo creo que lo más derecho sería rodearla de buenos consejos...

— A eso iba yo á parar — dijo el brigadier, — porque ese

es el complemento de mi idea; que el mundo la conozca y que ella conozca al mundo. Tratándola, no sería difícil obtener su confianza y su intimidad.

Dicho esto, esperó una señal de adhesión y asentimiento, pero Margarita permaneció silenciosa. Sólo Dios sabe las dudas y los temores que asaltarían su espíritu en aquel instante.

— Yo — siguió diciendo el brigadier — he sentido impulsos de presentarme en casa de la viuda y erigirme en protector de esa bella criatura, que, al fin, será víctima de las seducciones del mundo; mas no encuentro un pretexto que me facilite la seguridad de ser bien recibido, porque por poco perspicaces que sean la madre y la hija, mi oficiosidad ha de parecerles sospechosa, y vamos, preciso es decirlo, temible. Más bien me tomarán por un seductor atrevido que por un amigo desinteresado, y la murmuración echaría las campanas al vuelo.

Pronunció César estas palabras con una expresión y un ademán que Margarita pudo ver que descubría la punta de la oreja de su natural petulancia; pero le perdonó generosamente esta fatuidad, y aun le pareció más inofensiva y más disculpable que nunca. Después de todo, si era fatuo poseía un buen corazón, y sea como quiera, la vanidad de sus atractivos personales no era injustificada. Margarita había de conocer que, al fin y al cabo, era un buen mozo.

Sonrióse con benevolencia, y le dijo:

— Sin duda. Ese paso sería un remedio peor que la enfermedad; ¡qué se diría de ella si se supiera que usted frecuentaba el trato de esas señoras!.. Y de usted mismo, ¡qué se diría!..

— Por lo que á mí hace — contestó, — nada me importa. Si en este empeño no comprometiera más que mi nombre, no vacilaría en llevarlo á cabo. Me mira usted con asombro;

no concibe usted que la hija del Americano me inspire tan vivo interés, y en verdad, no se trata de ella solamente; se trata, ante todo, de la felicidad de una persona por la cual lo sacrificaría todo.

Al terminar estas palabras se puso de pie, como si quisiera cortar el rumbo que la conversación había tomado.

Margarita no supo qué decir y guardó silencio, sintiendo en el fondo de su alma un frío mortal. El brigadier la compadecía... ¿Qué otra interpretación podía dar á sus palabras?.. La conducta de Luis empezaba á ser sospechosa á los ojos de las gentes... En medio de la agitación interior que embargaba su espíritu, sentía hacia el brigadier cierta especie de agradecimiento. Agradecimiento amargo. Sentía como si un puñal fino y agudo fuera entrando suavemente y poco á poco en su corazón. Así es que no sólo guardó silencio, sino que bajó la cabeza. Tampoco ella quería hablar más de aquel asunto.

César, por su parte, se echó á sí mismo una mirada de triunfo, y se alejó de la señora de Góngora murmurando entre dientes:

— He estado feliz..., ha sido un rodeo hábil y un golpe seguro. Ya está dado el primer paso, lo que queda es coser y cantar.

Entre tanto el marqués y el banquero se habían encontrado frente á frente, entablando un diálogo vivo y animado, que había ido poco á poco á trayendo una parte de la concurrencia.

A este corro, formado delante de la chimenea del gran salón, se acercó el brigadier, mientras Margarita recorría el círculo de sus amigas con la distinción afable y obsequiosa con que sabía hacer los honores de la casa. La baronesa salió á su encuentro, diciéndole:

— Querida mía..., estás encantadora, *charmante*; tu pa-

lidez es sublime y se lleva *après soi* todas las miradas.

Margarita recibió esta impertinencia bilingüe con sonrisa resignada, pero tuvo la precaución de bajar los párpados para que sus ojos no hicieran traición á su sonrisa.

La baronesa siguió diciendo:

— Luis es imperdonable. ¿Por qué no está aquí?.. ¿*Pourquoi?*.. Tu triunfo sería completo, porque, vida mía, no podría desconocer que posee en ti una belleza incomparable... *Trop* invencible... Pero helo aquí... Mira... mira...

Margarita dirigió los ojos hacia el punto que le señalaba la baronesa, y vió á Luis que entraba en el salón, risueño, alegre, más aún, triunfante.

CAPÍTULO XXII

LOS MUERTOS HABLAN

El aspecto alegre que hemos advertido en Góngora, al verlo entrar en el salón, vino á aumentar la agitación interior de que se hallaba poseída el alma de Margarita... En la confusión de sus pensamientos, no veía más que aquello que podía servir para excitar el amargo dolor de sus celos; ó, mejor dicho, había llegado á ese punto culminante del desconsuelo, desde el que todo se convierte á nuestros ojos en datos que atestiguan la realidad de nuestra desgracia.

La presencia de Luis, risueño, alegre y hasta triunfante, era un cambio repentino é inesperado; y en verdad, ¿cuál podía ser la causa de transformación tan súbita?.. Necesariamente esta transformación se enlazaba con la carta, cuyo contenido ignoramos todavía, y partiendo de esta suposición, bastante razonable, Margarita discurría sin detenerse, hasta llegar á conclusiones que le destrozaban el corazón. Luis era dichoso. La felicidad que experimentaba se traslucía en su semblante, se reflejaba en sus ojos. Era tan dichoso, que ni siquiera pensaba en ocultar la alegría que embargaba su espíritu. Y he aquí que siendo el único pensamiento de Margarita la dicha de Luis, sentía mortal tristeza al verlo contento. Es verdad que si Luis hubiera aparecido aquella noche triste, reservado y meditabundo, como lo hemos visto en los capítulos anteriores, Margarita